

de la muchedumbre dependiente, y la aptitud guerrera alcanzada en la vida libre del pastor y perfeccionada en la escuela de los príncipes aptos para dominar. Pero en cambio, por lo que hace á las artes de la vida sedentaria, desde la construcción de chozas hasta la confección de los trajes, están muy por debajo de las tribus del interior de Africa. La vida en un clima templado y en residencias en su mayor parte elevadas, que sin embargo abarcan los mejores territorios del Sud de Africa, y en los modernos tiempos el contacto con los colonos blancos, han contribuido á elevar el nivel de estos retoños de los pueblos negros de Africa. El contacto con los colonos blancos ha sido causa de repetidas luchas sangrientas, en las cuales los cafres han demostrado ser los más peligrosos enemigos que aquéllos pudieron encontrar entre los negros; pero en cambio ha extendido las ideas y las costumbres del cristianismo y de la civilización, aumentando en alto grado el bienestar. Así lo iremos viendo en los dos grupos en que esa población aparece, de cien años á esta parte, dividida, por la historia de sus relaciones con los europeos: esos grupos son, el de los zulús que habitan al Norte y en parte han conservado su independencia por haberse alejado de las fronteras de la colonia, y el de los llamados cafres del Sudeste que han perdido su independencia por haber sido políticamente dominados ó á lo menos cercados por los colonos del Sud de Africa.

CAPÍTULO VIII.

LOS ZULÚS (1)

«Estos indígenas consideran la guerra como la verdadera misión de su vida, y á este orden de ideas conforman sus ocupaciones diarias.»
G. Fritsch.

Residencia. — Origen é historia de los zulús. — Estructura corporal. — Traje y adornos. — Armas. — Viviendas. — Agricultura y ganadería. — Alimentación. — Actividad industrial. — Familia y Estado. — Matrimonio. — Manera de criar á los hijos. — Muerte y enterramiento. — Descripción de la vida de un zulú. — Monarquía. — Ceremonial. — El ejército y sus relaciones con las tribus y con el rey. — Aptitud guerrera. — Vida jurídica. — Sacerdocio y medicina. — Hechiceros. — Autobiografía de un hechicero. — Vida espiritual de los zulús. — Narraciones poéticas.

Cualquiera que, procedente del Oeste desciende de las mesetas del interior por las alturas que las circuyen y que llevan el nombre de montes de Draken, hasta el país bajo de la costa oriental, siéntese inmediatamente rodeado no sólo de una naturaleza más fuerte y más fértil, sino también por una población indígena más independiente y más activa. En número cada vez mayor, álzase en forma de colmenas los krales cuadrados y cercados de los cafres de Natal, que se reúnen constituyendo grupos: sus rebaños pacen en los prados que por todas partes se extienden y las figuras musculosas y á menudo arrogantes de los hombres de color que acuden para vender leña, de que por tanto tiempo se ha visto privado el viajero, ó para realizar cualquier otro negocio, completan aquel cuadro que forma marcado contraste con todo lo restante que encierra la colonia del Cabo tocante á la vida y movimiento de los indígenas. Si se penetra en el recinto de un kral, nótese en seguida que la raza que

(1) La palabra Zulú tal como viene escrita deriva de la escritura holandesa y de la inglesa, en las cuales la *z* es de pronunciación dulce, de suerte que propiamente debiera escribirse *sulú*. La palabra *ama* que á menudo precede á aquélla significa pueblo. La forma *sula* corresponde á los sintos, en cambio los cafres de Natal se llaman á sí mismos *sulú*. La palabra *sulu*, como *kosa*, *gaika*, etc., deriva del nombre de algún caudillo mítico.

lo habita no es del todo inactiva. El limpio tejido de sus cabañas en forma de colmenas y el orden con que una valla, perfectamente construída, circuye cada grupo, producen una impresión agradable; y aun cuando los habitantes vayan durante el rigor del verano casi desnudos, comprende el viajero que se encuentra entre hombres cuya vida parte de ciertas bases regulares en vez de vivir al día; los que le rodean son pastores que viven de una posesión segura y de su propio trabajo, no de la casualidad ni de los dones inseguros de la naturaleza. Tal es el país más poderoso, más fuerte y más duradero desde el punto de vista histórico, que hasta el día han fundado los cafres; el país de los zulús.

La idea de los zulús más antiguos se remonta á una época en que su pueblo, ó mejor dicho su reducida tribu, dominada por un caudillo Upunga, vivía en el Umvolosi. A un pasado más remoto pertenece un caudillo mítico denominado Zulú, que dió el nombre á su tribu. Existen entre ellos, como en otras tribus cafres del Este, tradiciones de una inmigración de ciertas comarcas situadas al Oeste ó al Noroeste hacia el interior; pero se remontan á una época á la que no alcanza su memoria. La serie de sus caudillos á partir de Upunga (en lugar del cual algunos citan á Umakeba) es la siguiente: su hijo Jama, el hijo de éste Senzangakona, el hijo de éste Tschaka, el hermano de éste Dingan, el hermano de éste Mpande (Panda) y el hijo de éste Ketschwäyo. En tiempo de Tschaka, hijo de Senzangakona, alcanzaron los zulús su apogeo histórico: era aquél un príncipe famoso por sus riquezas, y tenía de 25 á 30 mujeres y un número incalculable de hijos. La madre de Tschaka se indisputo con su marido, á quien la leyenda atribuye celos de su precoz hijo, y huyó al territorio de Dingiswayo, caudillo de los tetwas que eran vecinos de los zulús. Este caudillo puso á Tschaka bajo el amparo de uno de sus indunas y al morir su padre restituyóle cuando tenía 30 años, á su patria, en donde después de una lucha corta y afortunada, derrotó á su hermano, que se había apoderado del trono, y se hizo soberano. Poco tiempo después, una parte de los tetwas se unió á él y solicitó su auxilio contra otra tribu á la que Tschaka, al frente de los zulús y de los tetwas unidos, sometió rápidamente, anexionándola á su pueblo. Después de estos comienzos, prosiguió en esta senda y fué sojuzgando, una tras otra, las tribus vecinas, distribuyó los hombres aptos para las armas de estas tribus entre su ejército y las familias de las mismas por el país, sabiendo organizar y tener sujeto tan bien su creciente poder que al comenzar el año 1820 dominaba como soberano de todo el país comprendido entre el río Umzimvubu, actual frontera meridional de Natal, é Inhambane, y entre la costa y el corazón del Africa del Sud. En 1828, cuando estaba en el apogeo de su poder, sucumbió asesinado á causa de una conjuración á cuyo frente estaba su hermano Dingan, que le sucedió en el gobierno. Mal herido en su cabaña y á punto de expirar, parece que dirigió las siguientes palabras á sus hermanos, que aguardaban su fin: «¿Sois vosotros mis asesinos, hermanos míos, perros de mi casa que yo he alimentado? Esperáis ser reyes, pero no creáis que porque me habéis matado vosotros (vuestra línea) habeis de gobernar mucho tiempo. Yo os digo que oigo el ruido de los pasos del gran pueblo blanco y que vuestro país será por ellos pisado.» Y diciendo esto expiró, pero sus palabras fueron conservadas, como profecía, por los zulús en su memoria y en parte se han efectivamente confirmado.

En tiempo de Tschaka comenzó en grande escala la fundación de factorías de emigrantes europeos en la costa, cerca del actual Port d'Urban, que tan importante fué para el porvenir de Natal y de Zululand: en efecto, algu-

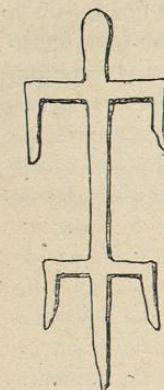
nos europeos y mestizos se juntaron en seguida con gran número de cafres, convirtiéndose en cafres ellos á su vez, por lo menos exteriormente, consiguiendo gran influencia durante el gobierno de Tschaka, algunas de cuyas reformas militares y otras pudieron muy bien contener en sus raíces ciertos elementos europeos. El mismo Dingan, á pesar de no ser tan accesible como Tschaka, no se sustrajo en absoluto á las influencias europeas, cuyo lado agradable pudo conocer perfectamente gracias á los comerciantes de Natal que, aunque lejos de su residencia, se encontraban bajo su amparo. No le faltaban ciertamente objetos para un comercio activo: las rapaces incursiones que sus guerreros hacían en todas partes traían rico botín á su kral, y algunas hordas suyas de cazadores de elefantes le proveían de marfil: todo el país desde la bahía de Delagoa hasta el Umzimvubu obedecía sus mandatos. Este estado de cosas sufrió un cambio trascendental, que había de ser decisivo para todo el poderío zulú, con la emigración de los boers que, á las órdenes de Retier, traspusieron en 1837 las montañas Draken y descendieron al territorio de Natal deseando conseguir por medio de amistosas negociaciones que Dingan les cediera un trozo de terreno. Así les fué concedido y ellos en cambio hicieron lo que le habían prometido, pero en 5 de febrero de 1838 hizo asesinar alevosamente en su palacio, á pretexto de que le robaban, al jefe de los boers y á 66 de sus mejores compañeros y pocos días después el campamento boer fué acometido por grandes fuerzas de zulús, quienes, sin embargo, no consiguieron asaltar el parapeto de los valientes emigrantes. Estos, después de haber recibido algunos refuerzos, marcharon, en abril siguiente, contra Dingan, pero hubieron de retroceder, no pudiendo obtener mejor éxito los ingleses de Natal que, al frente de algunos millares de cafres rebeldes, se dirigieron también contra Dingan. Su joven colonia de la costa fué destruída. Mas en diciembre del propio año los boers, dirigidos por Pretorius, batieron de tal suerte las fuerzas de Dingan que éste hubo de incendiar y abandonar su kral principal yendo á refugiarse á las selvas del Umvolosi: á fines del mismo año, los ingleses tomaron posesión de Natal. En 1840, el hermano de Dingan, Mpande, se pasó á los ingleses y, por éstos auxiliado, hizo sufrir á su hermano una derrota tan completa que de sus consecuencias no pudo nunca más volver á reponerse el poderío zulú. Los boers se apoderaron del territorio comprendido entre Umzimvubu y Umvolosi y nombraron á Mpande señor de los zulús, bien que reservándose una especie de soberanía. Dingan fué, poco después, asesinado por uno de los suyos. Las contiendas que sobre la dominación de Natal surgieron entre boers é ingleses afectaron, en un principio, muy poco á los zulús, pero cuando los ingleses quedaron dueños de aquel territorio, hubieron esos indígenas de sentir muy pronto su yugo. A pesar de esto no había que temer de ellos ataque alguno mientras viviera Mpande, sobre todo cuando sus hijos, en sus contiendas sobre quién había de suceder, encendieron una guerra civil que, después de espantosas devastaciones, terminó en 1856 saliendo triunfante Ketschwäyo. Habiéndose consultado á Mpande sobre esta guerra, parece que contestó que cuando dos gallos riñen lo mejor es dejarlos reñir. Siguiendo esta indirecta, cada uno de los príncipes juntó sus fuerzas y Mpande envió uno de sus mejores regimientos en auxilio de Umbelasi, quien pereció en la batalla decisiva que en 1856 se trabó en las orillas del Tugela.

Al morir Mpande en 1872, sucedióle Ketschwäyo, que hacía algunos años venía gobernando casi absolutamente en vida de su padre. Este príncipe, dotado de notables ap-

titudes, se mostró en un principio benévolo con los blancos, por más que ambicionase ardientemente sacudir su dominación. Pero cuando las leyes que contrariaban el espíritu de los zulús, que dejaron sentir su influencia en el Zululand, y á las cuales principalmente se acogieron los numerosos súbditos de Ketschwäyo que huían de la tiranía del príncipe zulú, cuando estas leyes — decimos — amenazaron la independencia del poder zulú, fuéronse haciendo cada vez más tirantes las relaciones entre Ketschwäyo y las autoridades de Natal: esta tirantez aumentó con las extralimitaciones de los mercaderes y de los colonos de la frontera y acabó por convertirse en una serie de violencias cometidas por Ketschwäyo contra las autoridades coloniales de Natal y contra algunos blancos y especialmente contra aquellos cafres que se habían acogido al amparo de los europeos. Ketschwäyo que en 1873 había hecho reconocer solemnemente su coronación por Inglaterra, se preparaba abiertamente para un conflicto, en previsión del cual aumentó en 1878 su ejército hasta 40,000 hombres y lo adiestró perfectamente en el sistema de guerra zulú. La disolución de este ejército y la entrega de unos perturbadores del orden que habían huido de Natal, fueron las exigencias que formuló Inglaterra en 1878 ante el príncipe zulú, y no habiendo éste accedido á ellas, salió en 1879 la expedición al través del Tugela. Los ingleses, á pesar de la desastrosa batalla de Isandlana y á pesar de todos los sucesivos descalabros, siguieron avanzando y en 28 de agosto hicieron prisionero á Ketschwäyo en la selva de Ngome, en el Umvolosi Negro. El príncipe fué llevado á la ciudad del Cabo y su territorio quedó dividido en 13 distritos puestos bajo la suprema dirección de un residente inglés. Este estado de cosas, sin embargo, no duró mucho tiempo, pues los caudillos no acostumbrados á obrar independientemente lucharon entre sí y debilitaron de tal suerte la nación que Inglaterra llegó á convencerse en 1882 de que era mejor entregar el país á un príncipe fuerte, único capaz de reducir y satisfacer á aquellos cafres, monárquicos de corazón. Este hecho no deja de ser muy importante, dado que bajo el amparo de un gobierno civilizado, se ha desarrollado en Natal un nuevo centro de población zulú. Hoy en día, Natal que tiene una extensión de 48,000 kilómetros cuadrados cuenta una población de 320,000 almas; de suerte que ésta es seis veces más densa que la de la colonia del Cabo y siete que la del Estado libre de Orange. Pero hay la particularidad, y esto es lo que hace temible esa cifra, de que sólo una décimasexta parte de esa población es de sangre blanca, pues la población cafre asciende á 300,000 almas y ocupa una posición especial y reconocida al lado de los blancos. Sus caudillos administran el país con poca consideración á las ideas europeas de derecho y de humanitarismo, de modo que la poligamia existe allí con carácter legal, y con ella está íntimamente enlazada la venta de mujeres y de muchachas para convertir las en esclavas. El cafre de Natal pleitea con el blanco ante el tribunal de éste y con los mismos derechos sin tener que pagar costas, pero las cuestiones que surgen entre los suyos las resuelve su propio juez, el caudillo, reservándose al magistrado blanco la sentencia en apelación, que ha de ser, empero, dictada según el derecho cafre. La única contribución que pagan los cafres es un exiguo derecho de cabaña, que ha sido elevado, en 1881, al doble de lo que antes era. Los terrenos propios de los cafres, en los cuales los blancos no pueden adquirir finca alguna ni establecerse sin consentimiento de aquéllos, ascienden á 2 millones de acres, en los cuales se crían 254,000 bueyes (por 145,000 que tienen los blancos). Los cafres sólo de mala

gana entran al servicio de los colonos blancos, los cuales por falta de trabajadores se vieron obligados, en 1881, á importar de la India más de 20,000 kulis.

Corporal y espiritualmente diferénciase el zulú en muchos puntos de sus afines del Africa meridional y central, por más que no se salga de las condiciones que á éstos caracte-



Signos de propiedad de los negros (rudimentos de escritura) de Lunda (según el Dr. M. Buchner).

derrotas que solos doscientos boers, mandados por Retier y Pretorius, les hicieron sufrir. Desarrollado en un círculo de ideas más fuertes ó más rudas que las que han presidido el desenvolvimiento de sus compañeros de tribu, el zulú es más rápido y casi más varonil en su modo de obrar, pero, como muy oportunamente ha hecho observar un excelente conocedor de su pueblo, en punto á palabras es tan aficionado como los betshuanos y como los damaras á los rodeos y á las hipocresías. Por otro lado, los misioneros creen haber encontrado en ellos más tendencias hacia las ideas humanitarias que en otras tribus africanas, lo cual les hace concebir grandes esperanzas respecto de su conversión. Cuando sus pasiones no están excitadas, el zulú es franco como un niño, cándido, amigo del canto y de la danza y

«sociable como una hormiga.» en esto es, pues, tan negro como los hombres del Niger ó del Nilo. Su posición histórica, empero, hace que tenga que apelar con más frecuencia que éstos á graves resoluciones y le somete á una carga más pesada de la que suelen llevar aquellos pueblos. El hecho de que en vez de rehuir los deberes que ella le impone, se someta á una organización militar de las más duras que pueden imaginarse, demuestra la existencia en el alma del negro de una dosis de fuerza y de perseverancia que casi nadie podría esperar. La serie de fuertes soberanos zulús, desde Tschaka hasta Ketschwäyo, que no es debida al acaso (pues otros cafres han producido también algunas series de hombres de esas condiciones, díganlo Mpande y Wakoma; véanse los siguientes capítulos) parece asegurar á los cafres del Sudoeste, aun entre los europeos, la condición fundamental para un porvenir histórico, la esperanza de grandes caudillos.

Desde el punto de vista del traje, todas las tribus zulús se encuentran en un estado muy primitivo, sin que puedan darnos de ello explicación ni el clima ni otras circunstancias externas de sus actuales residencias: quizás la desnudez, que es el estado predominante y el carácter fundamental de su traje, unida á otros hechos, demuestra su procedencia de comarcas tropicales. Sin embargo, sólo los niños de cinco ó seis años van enteramente desnudos: la principal y á menudo la única prenda de vestir que llevan los adultos de ambos sexos, consiste en un delantal de cuero. Los hombres, además de la prenda que usan para cubrir directamente sus partes genitales, lo único que soportan en los tiempos de grandes calores, llevan colgado de una correa atada á la cintura el *isinene*, pedazo de cuero ó de piel de 20 á 25 centímetros de ancho por doble de largo, que les cuelga por delante: detrás llevan el *umucha*, que se parece al *isinene* pero que es algo más ancho. Los guerreros substituyen á menudo el *isinene* por tiras de piel ó por colas de buey ó de gato montés. Las muchachas adultas y las mujeres llevan también parecidos delantales, bien que con frecuencia adornados con perlas de cristal ó de metal: las mujeres llevan, además, encima del delantal media piel de buey delicadamente curtida que se atan alrededor de la cintura y que les llega hasta las rodillas. Las mujeres de los caudillos se envuelven hasta los pies en un manto á modo de toga de la misma materia ó de telas de fabricación europea. Las sandalias sólo se usan para las largas marchas.

Los cabellos déjanlos crecer hasta que el niño llega á la pubertad, y entonces se cortan de manera que formen en los hombres una corona de 10 á 12 centímetros de diámetro en el vértice de la cabeza: á las mujeres se les deja sin cortar un mechón. La corona de los hombres y el mechón de las mujeres son fuertemente untados con grasa y ocre y la primera es, además, trenzada y endurecida con tendones de buey y con goma mezclada con carbón, de suerte que se mantiene brillante y tiesa como una gorra de cuero. Los zulús son muy aficionados á llevar rosetas de plumas en la frente y penachos de plumas en la cabeza (véase el grabado de la pág. 57).

Los adornos de estos pueblos son los mismos que vemos generalizados entre todos los cafres. El comercio les proporciona gran cantidad y variedad de perlas, con las cuales recargan sus cuerpos, á veces con exceso. Algunos reyes zulús regalan como insignias que sólo pueden ser llevadas por los más esclarecidos guerreros, unos brazaletes de cobre rústicamente fabricados por los indígenas. Al número de los adornos más usuales pertenecen también los anillos relucientes y las plumas en los cabellos. Por regla general, los amuletos y los adornos son una misma cosa y se llevan col-

gados del cuello. Estos colgajos adquieren en los hechiceros proporciones fantásticas. Uno de los objetos de adorno más estimado es la vejiga biliar ó un trozo de ella llena de grasa y atada alrededor del brazo: en su lugar se usa también simplemente la grasa alrededor del brazo ó del cuello. En la guerra y en la danza, píntanse los zulús con grasa y tierra encarnada. De los prolongados lóbulos de la oreja penden clavos, clavijas y cajas de rapé. Pero de todas suertes las perlas son siempre el adorno principal. Tschaka y Dingan reunieron grandes cantidades de ellas, pudiendo el último obsequiar á sus huéspedes con la presentación de

go de sus mujeres casi cubiertas enteramente de perlas. De todo cuanto referían los europeos, nada interesaba tanto á este déspota como lo que atañía á las perlas, siendo su más ardiente deseo aprender el arte de confeccionarlas.

Las armas de los zulús consisten en la lanza, el escudo y la maza: las dos primeras son las principales, y en armonía con el gran desarrollo alcanzado por la organización militar de este pueblo, han logrado mayor perfeccionamiento y estimación que en ninguna otra tribu cafre. La lanza consistía antiguamente, y consiste aún en muchas tribus no iniciadas todavía en la organización militar de los zulús, en



Guerreros zulús (de una fotografía)

una especie de dardo (*inkusa*) cuyo mango medía hasta 2 metros y terminaba en una hoja delgada de hierro de unos 10 centímetros de largo. Estas lanzas, cuya ligereza permite llevar en la lucha un manojo de ellas, se empuñan, se balancean un rato y se lanzan trazando un arco. De 30 dardos que vió lanzar Lichtenstein á una distancia de 60 pasos, sólo uno dió en el blanco que consistía en una plancha de 2'6 metros de longitud. Tschaka substituyó estas armas poco precisas por lanzas contundentes, las azagayas propiamente dichas, fundándose en que las primeras se prestaban demasiado á luchar desde lejos y á emprender la fuga: la azagaya consiste en un mango de 1 metro de largo terminado por una hoja de acero de 15 centímetros de largo por 2 ó 3 de ancho, y hace, en los ataques, las veces de bayoneta: esta arma tuvo en la historia del Africa meridional oriental la misma importancia que en la nuestra han adquirido las baquetas ó los punzones. El armamento de estas lanzas con-

tundentes no excluía, sin embargo, el uso de los dardos, con los cuales solía iniciarse el combate. Al lado de la azagaya es objeto de una misteriosa veneración el escudo de guerra (*ischitunga*) así llamado para diferenciarlo del escudo de la danza ó del juego (*trau*) que es más ligero. Esos escudos, de los cuales cada piel de buey proporciona dos, son ovalados y suficientemente altos para cubrir hasta la boca á un hombre de regular estatura. Por medio de una serie de cortes practicados en todo lo largo, se fija á este escudo un palo que termina en una cola de buey ó de leopardo ó en un plumero. Los escudos están exteriormente rayados en negro, blanco, rojo ó gris, de tal suerte que por el color de los escudos se conocen los distintos regimientos. Hasta en el número de cortes hay diferencias. Los escudos son sostenidos con la mano izquierda que empuña el palo de apoyo. Como el cuero se ablanda con las lluvias, esos escudos son poco menos que inútiles y á menudo los que los usan los arrollan